



POPOCATÉPETL.

Aunque desde cualquier sitio que se le contemple, es este coloso el sultán del valle, sin embargo, el artista, enamorado de tan suprema belleza, le busca con delectación los aspectos más hermosos.

Uno de éstos es el que tenemos la satisfacción de ofrecer á nuestros lectores en esta página. Fué tomada esta vista desde Santa Catalina, pintoresca Estación terminal del Ferrocarril de Xico y S. Rafael, en el tramo construido en el Estado de Puebla.

Verá el observador, aquí, no solamente uno de los panoramas revestidos de más esplendor de cuantos puede ofrecer el volcán, sino uno de los menos conocidos, de los más recónditos, de aquellos precisamente que busca con solicitud y afán el verdadero artista.

Contempladas desde Santa Catalina las poderosas vertientes del volcán, á la falda de las cuales se encuentra la pintoresca hacienda que ha dado nombre á la Estación, se desarrollan en toda su majestad, vestidas con el manto de esmeralda de inmensos bosques, allí arraigados tal vez desde los tiempos prehistóricos.

La bárbara tala que en otras partes ha desnudado á esta montaña de su magnífico atavío, aquí ha respetado, en grande extensión, corpulentos cedros y esbeltos pinabets,

fragantes ocotes y oyameles, entre cuyo ramaje un mundo de aves canoras eleva delicadas melodías, interrumpidas á lo lejos por el golpe del hacha del leñador que, á pesar de su barbarie, apenas ha conseguido dejar huella en estas selvas milenarias.

Simoso camino arranca de las puertas de la hacienda y se interna en las profundidades de la montaña: el viajero se finge la ilusión de que trasponiendo la eminencia inmediata, tendrá á la vista el arrogante cono, acorazado de nieve, del volcán. ¡Miraje engañoso!

A esa cumbre sucede otra y otra ondulación, más y más espesas y escarpadas, y solamente después de recorrer leguas se logra descubrir, libre y deslumbradora, la frente de plata. Es preferible, pues, permanecer en Santa Catalina, uno de los sitios donde aparece la cima del Popocatepetl coronada de más nieve.

Poco menos alto que el cráter, con dirección al opulento Estado de Morelos, se perfila el picacho del Fraile, enorme espolón hecho de granito, y casi siempre desnudo de nieve, que no logra depositarse en sus arriscados peñascos. Y otro picacho á éste semejante, rompe la uniformidad de la línea del cono hacia el opuesto rumbo, hacia la escarpada ladera que mira al valle de México.

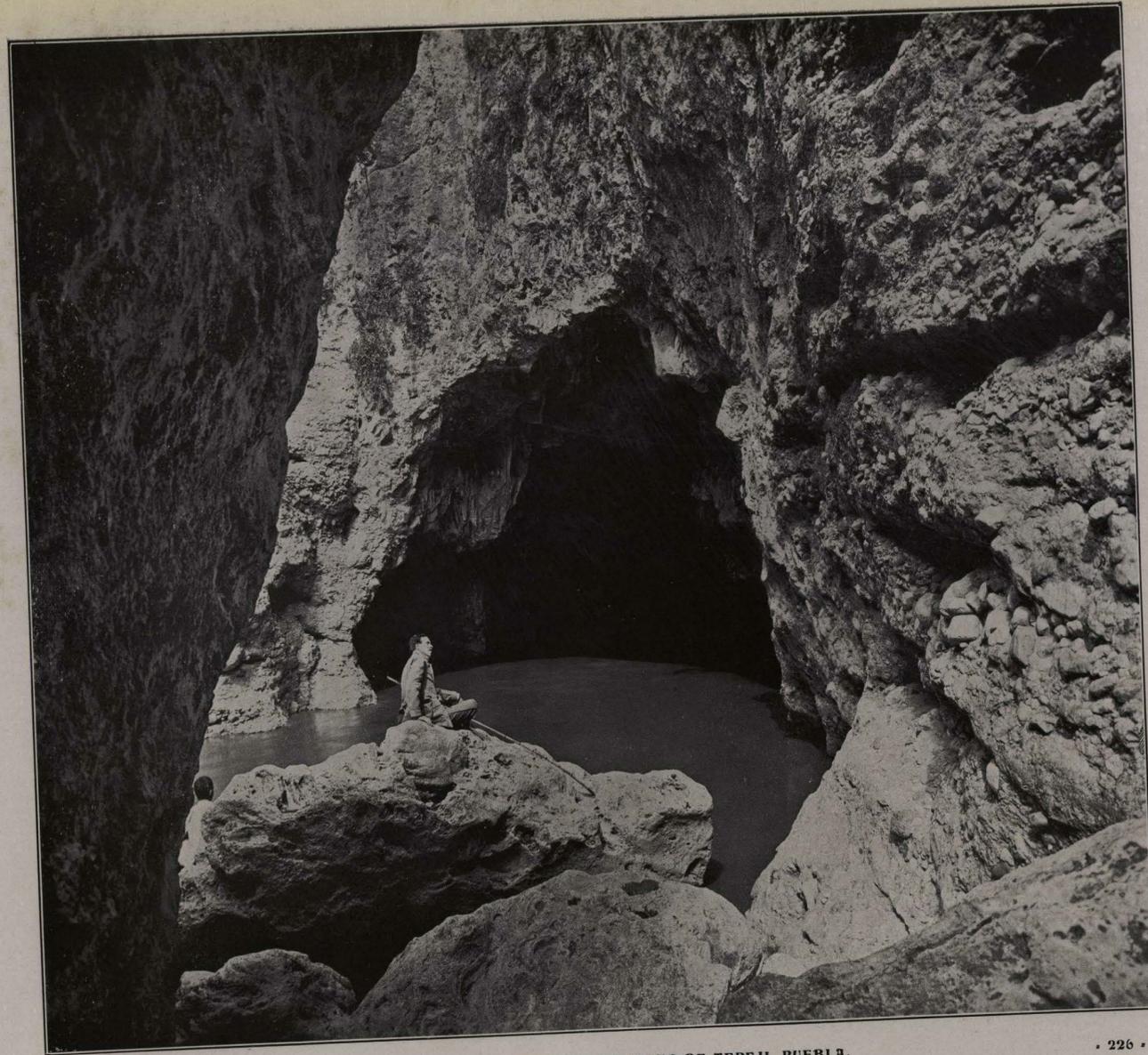


PUENTE DE DIOS. MOLCAJAC. DISTRITO DE TEPEJI, PUEBLA.

El curso del Atoyac presenta multitud de accidentes interesantes, ora al hombre de negocios, ora al geólogo, ora al artista. Después de recorrer las planicies casi llanas del Estado de Puebla, moviendo en el breve trayecto de pocas leguas tal cantidad de fábricas e instalaciones riquísimas, que bien ha merecido en esa región ser considerado como un caudal de oro; después de que desniveles insensibles son maravillosamente aprovechados para engendrar en multitud de Plantas energía y luz eléctrica, el Atoyac se interna por regiones solitarias y poco pobladas, ahondando más y más su cauce, en busca de un paso que le permita franquear la barrera montañosa de la Cordillera del Tentzo, única que se opone á su paso por las comarcas del Sur, que atravesará más tarde para arrojarse al tímido en las fragosidades de la Sierra Madre y precipitar sus feros raudales en las espumas olas del Pacífico.

Justamente al borde del Tentzo, se encuentra el grandioso accidente natural, cuya

vista adorna esta página. El lecho del río atraviesa encajonado en el fondo de un profundo barranco, cuyas paredes perpendiculares, hechas de *teccales* ó piedras sobrepuestas, no ofrecen recurso alguno para el descenso. De un lado comienza la falda escabrosa del Tentzo, que muere en el cauce mismo del río; del otro, una superficie de naturaleza calcárea, una extensión desolada, erizada de vegetación bravia, cactus y mezquites, extensión en la que se asienta el vecindario de Molcajac. Y en medio, la profunda cortadura del Atoyac, que corre silencioso, como una cinta de esmeralda, á más de cien metros de profundidad. En aquel sitio es donde la naturaleza tendió un puente natural, que el pueblo, con gran acierto, ha nombrado Puente de Dios, atribuyendo tal paso á la sabiduría de la Providencia. Ciertamente, habría sido muy difícil hallar paso en esos vertiginosos precipicios, unidos que antes encarraban sus rostros de piedra.

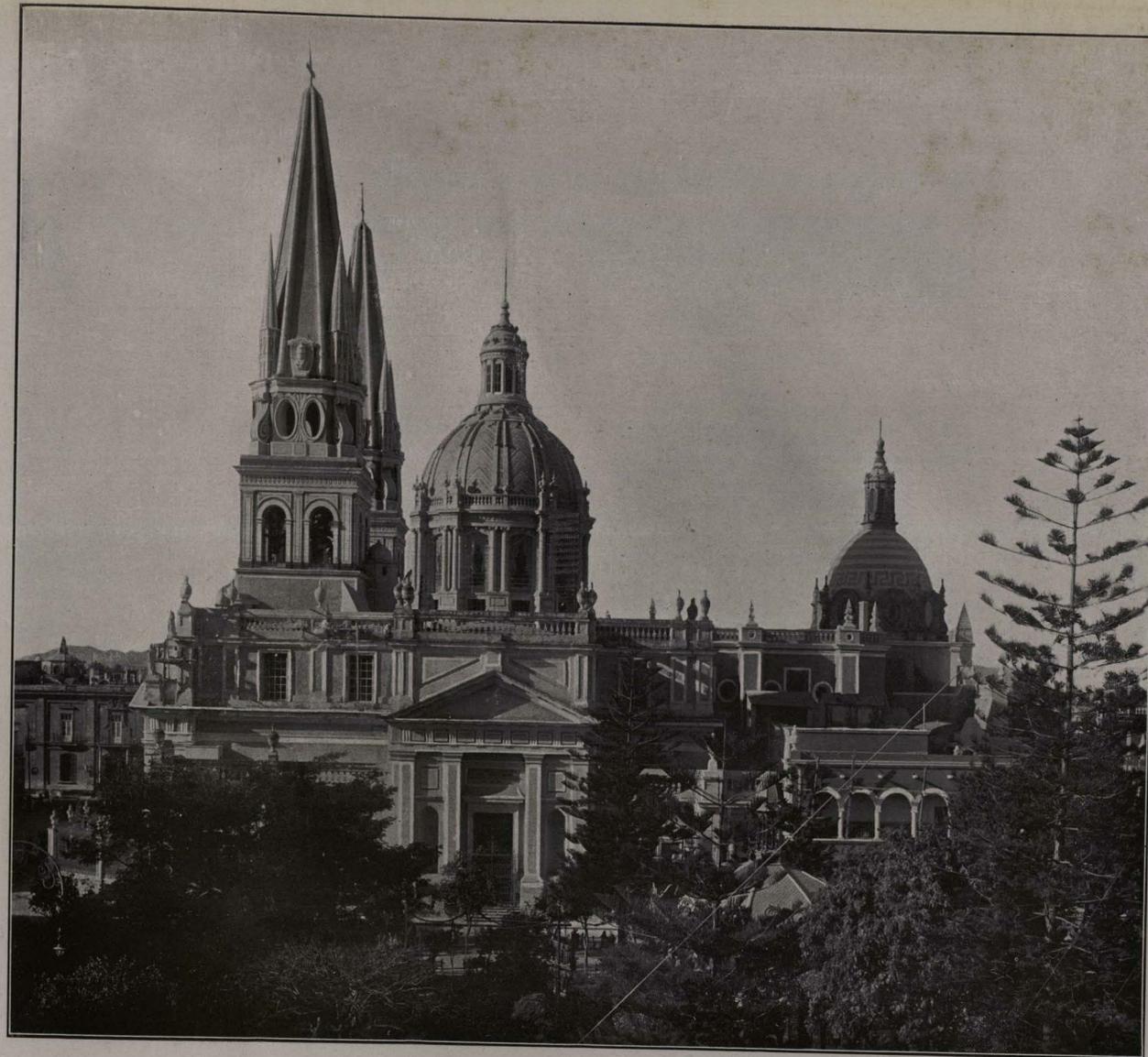


PUENTE DE DIOS. MOLCAJAC, DISTRITO DE TEPEJI, PUEBLA.

Al atravesar por encima de aquel paso de rocas, viendo á sus pies, á inmensa distancia, el hilo de esmeralda del río, el viajero siente anhelo por descender al abismo, buscando algún sendero que baje al pie de aquellos acantilados cortados á pico. Caminando difícilmente por entre la brava vegetación de esos vericuetos, erizados de órganos y palmas espinosas, caminando en lento zig-zag, vase descendiendo poco á poco al fondo del barranco, donde enormes peñascos desplomados, desprendidos de los muralles superiores, están revelando todavía la violencia de la convulsión que formó acaso este puente natural.

Por fin, entre rocas de gigantescas dimensiones, aparece la bóveda del puente, y vemos el caudal del río surgir de la oscura boca que la distancia empequeñeció. ¡Nada más hermoso! Sale murmurador y manso, aunque cuentan los indígenas que en época de

lluvias se precipita con ímpetu torrencial, llenando con su rugido la concavidad, atronando los ecos todos de la montaña, y colmando la oquedad de la bóveda que formó el mismo río, con su paciente é irresistible fuerza. . . . El trabajo del agua en aquel abismo ostenta las filigranas del cincel y las delicadezas del esbozo. . . . Ya semejan las rocas los contornos elegantes de un púlpito, ya figuran gallardas ojivas ó haces de columnas y capiteles calados caprichosamente. . . . Tan exquisita es la labor del agua en aquellos peñones, algunos de los cuales penden como estalactitas de la bóveda, que se ansía penetrar bajo del túnel, y salir al otro extremo, al extremo por donde el río penetra bajo la puente. ¡Hazaña no realizada! Aquel túnel se prolonga más de dos centenares de metros y oscuridad impenetrable lo vela. Nadie ha osado todavía romper el misterio. ¡La aventura bien vale afrontar el ignorado peligro!



CATEDRAL DE GUADALAJARA, JALISCO.

Como el rasgo sobresaliente de la fisonomía de la bella ciudad, reina de Occidente, lo que primeramente contemplan los ojos extasiados del viajero que se aproxima al anchuroso valle de Atemaxac, son las esbeltas agujas de una iglesia colocada al centro de la población, rasgando el azul purísimo del firmamento de aquella comarca.

Todavía el observador se encuentra á larga distancia de la capital que fundara el capitán Oñate; el caballo de hierro se precipita por las relucientes paralelas de la vía, devorando la distancia y despidiendo con fragor torrentes de humo que se dirían la cabellera despeinada del monstruo; apenas se empieza á precisar el caserío de la riente ciudad, y ya se contemplan las elegantes torres de su Basílica, perfilando sus blancas aristas contra el fondo celeste del espacio.

Por fin, se detiene el tren, jadeante y fatigado, junto á los anchos andenes de la Estación del Central, desciende el viajero henchido de curiosidad y ávido de emociones; penetra á la población por asfaltada avenida que rodean suntuosos edificios comerciales; y á

la distancia le aparecen, como el más brillante señuelo de su curiosidad despierta, altas torres bizantinas que se levantan por encima de los parques del tránsito, y dominando la gran Plaza de Armas de la capital. Llegamos por fin enfrente de la Catedral y contemplamos tan hermosa construcción. El edificio es de una blancura que impresiona agradablemente á la distancia. Las torres, dos esbeltas agujas de puro perfil gótico, se levantan como plegarías de piedra, como cándidas oraciones inefables, á doscientos cuarenta pies de elevación, en el seno del ancho espacio. La portada es de estilo romano, rematada en un ático, que descuenta algo con el gótico de las torres. El interior impresiona más que el aspecto externo. Elegantes columnas sostienen los audaces arcos, que arrancan gallardamente á cerrar las bóvedas de las naves. En la sacristía se admira la célebre Purísima, causa de los temblores. Por eso son de la estructura que puede verse en el grabado. Al costado se levanta la majestuosa cúpula del Sagrario.